

# Chile: las tres patas de la mesa

Sergio Arancibia Economista y profesor universitario chileno.

Lo peculiar de la coyuntura por la que atraviesa Chile es que lo político se ha puesto en un manifiesto primer plano, sobrepasando con creces la importancia de lo económico. Más aún, podríamos decir que lo que está en el tapete de la discusión es la quinta esencia de la política, es decir, el problema del poder.

En mayo se realizó la primera protesta nacional en contra de Pinochet y ella tenía como auspiciadores fundamentales a las principales organizaciones sindicales del país. Sus banderas incluían reivindicaciones democráticas de carácter general, pero su contenido básico eran reivindicaciones económicas y políticas del propio movimiento obrero. En los cinco meses siguientes las protestas continúan realizándose con una encomiable puntualidad mensual, pero ellas no tienen ya como voceros ni a los líderes ni a las organizaciones sindicales, sino que a los dirigentes de los partidos políticos que durante los últimos 20 años han estado a la cabeza de la actividad política nacional, y la bandera que se levanta no es el cambio de la política económica, sino el cambio del régimen pinochetista. La revista "Hoy", del 13/09/83 sintetizaba las banderas del bloque Alianza Democrática\* en los siguientes términos: **"Renuncia de Pinochet, gobierno provisional de 18 meses y elección de Asamblea Constituyente"**.

Sin embargo, es indudable que el fracaso de la experiencia económica neoliberal tiene una cuota importante de ponderación como factor explicativo de los fenómenos políticos actuales.

## ***Bonanza económica con pies de barro***

Durante los años 79, 80 y 81 el régimen exhibió tasas de crecimiento del PTB relativamente altas en comparación con los promedios latinoamericanos, y ello permitió a los apologistas nacionales e internacionales de la dictadura pregonar que se estaba en presencia de un auténtico milagro económico, que aseguraba un porvenir venturoso a la vuelta de unos pocos años más, y que compensaba desde ya el brutal retroceso de la actividad económica que había tenido lugar desde el año 74 al 78.

Pero este corto período de bonanza tenía los pies de barro: no estaba basado en un incremento de la producción interna sino en una fuerte entrada de capitales

\* Frente político opositor a la dictadura integrado por la derecha republicana, demócrata cristianos, radicales, socialistas y social demócratas. (N. de la R.).

extranjeros. Si en 1974 la deuda externa general alcanzaba a los 4.050 millones de dólares, en 1979 se había más que duplicado, llegando a los 8.463 millones de dólares, y tres años después se había nuevamente duplicado, bordeando a mediados de 1983 la cifra de 20 mil millones de dólares. Eran esas fuertes dosis de ahorro externo las que permitían mantener en funcionamiento la actividad comercial, bancaria, financiera e industrial.

El financiamiento externo se canalizaba a través del sector bancario, el cual podía colocar esos fondos internamente a una tasa por lo menos cuatro veces superior a la tasa a la cual los captaba en el mercado financiero internacional. Esos fondos fluían a manos de importadores, comerciantes e incluso consumidores, los cuales podían solventar un nivel de consumo sofisticado abastecido desde el exterior. Por esa vía los dólares recibidos salían nuevamente del país y generaban un flujo de importaciones que competía en condiciones atentatorias contra la industria nacional, la cual, en caso de sobrevivir, tenía que arrastrar la pesada carga de los intereses bancarios, que se elevaban como condición para el ingreso de los fondos externos y como consecuencia de la restricción monetaria interna impuesta como receta única e infalible en la lucha contra la inflación.

### ***Un país en bancarrota***

Chile vivió tres años de bonanza ficticia y parasitaria, basada fundamentalmente en esos flujos externos. Pero al no invertirse los mismos en obras que permitieran generar un excedente que posibilita a su vez pagar la deuda original más los respectivos intereses, el sistema cae en algún momento por su propio peso. La deuda externa exige ser cancelada. Al tiempo del préstamo fácil sucede la hora del cobro difícil. En 1982 Chile debe pagar 4.275 millones de dólares por concepto de amortizaciones e intereses al exterior, en circunstancias que el total de exportaciones alcanza a 3.459 millones de dólares. Se intenta conseguir nuevos créditos para pagar las viejas deudas, pero el flujo neto de divisas se hace cada vez menor.

La banca internacional, generosa antaño, pone ahora condiciones para renegociar. La situación se reproduce hacia los escalones más bajos de la escala social y económica: los bancos caen en mora frente al exterior y, comerciantes, industriales e importadores caen en mora frente a la banca local. Sobreviene la posibilidad cierta de un quiebre masivo de bancos y empresas de todo tipo. El gobierno reacciona desesperado: interviene bancos y entidades financieras como único mecanismo para evitar el derrumbe, aun a costa de poner en evidencia a los grupos económicos que más se habían enriquecido y que más habían apoyado al régimen militar, y maniobra para renegociar las deudas internas (salvar las empresas "con chimenea") y las externas (hacerse cargo de las deudas privadas).

Los resultados de toda esta situación son una reducción del PTB del país en un 14,1 por ciento con respecto al año anterior, una cesantía de 31,3 por ciento, un ingreso per cápita que se sitúa al mismo nivel que en 1966, una deuda con el exte-

rior que prácticamente iguala al PTB de todo un año y una perspectiva de negociación con el FMI que pasa por políticas de redoblado signo recesivo.

### ***Derecha tradicional y democracia cristiana: ¿un nuevo compromiso?***

Pero más importante, quizás, que el balance económico sea su correlato político: la tecnocracia sabia y arrojada, educada en los seminarios de Friedman y aleccionada in situ por el propio maestro, cae en el más absoluto descrédito frente a la derecha económica tradicional. Ya no es posible seguir confiando en ellos, ni en su modelo ni en su recetario. Es necesario un cambio de modo tal que a futuro las políticas económicas sean más permeables, como siempre lo fueron hasta 1970, a los intereses y a las negociaciones de todos los grupos de la élite económica y no solamente de un puñado de favoritos de palacio. Eso implica no sólo un cambio de la política económica vigente, sino también un cambio en la forma de hacer política: un cambio de régimen.

Pinochet percibe la soledad que lo amenaza, sabe de sus peligros y trata de tomar la iniciativa: coloca de ministro del Interior a Onofre Jarpa, líder de la derecha durante el gobierno de Salvador Allende y participante activo, en ese entonces, en todo conciliábulo golpista junto con los demócrata cristianos. El tiene, por lo tanto, capacidad de interlocución y de negociación con esos dos segmentos del espectro político chileno.

Pero los demócrata cristianos pagaron un precio muy alto en el pasado, y le hicieron pagar un alto precio al país, por tenderle la mano a la derecha cuando esta se ahogaba en medio de las olas desatadas por el Gobierno Popular. No parecen dispuestos ahora a repetir la historia. No se trata de rechazar un entendimiento con la derecha y con los militares. Se trata de hacerlo nuevamente pero sobre bases más sólidas, que le aseguren a ellos el ejercicio del poder. Para eso, tienen que seguir debilitando a la derecha (por medio de restarle apoyo a Pinochet) y tienen que generarse un apoyo de masas que les dé una correlación de fuerzas suficientemente grande como para imponer los términos de la negociación y del acuerdo.

### ***La protesta social***

Sin embargo, el espectro político chileno tiene una tercera pata que no puede dejarse fuera del análisis: la izquierda sigue existiendo a pesar de la cárcel, del asesinato o del exilio y sigue canalizando, a pesar de sus fraccionamientos y de sus limitaciones orgánicas, el sentimiento político de un porcentaje importante de la población chilena. Esa izquierda (con todas las limitaciones hasta de la misma palabra) se potencia incluso hoy en día por el extraordinario caldo de cultivo que ha generado la política represiva y la política económica del régimen (al menos hay un exiliado y un cesante en cada familia chilena). Esa masa no quiere que se vuelque sobre ella, nuevamente, el peso de la recuperación económica del país, ni

quiere que los culpables de 10 años de genocidio se vayan tranquilamente a sus casas o a sus bienes. Quiere que los cambios tengan, en lo económico, un claro contenido social y popular, y en lo político, un claro contenido antifascista.

El dilema de la derecha, con o sin uniforme, es que sabe que esa masa existe y que un estallido social se hace cada vez más posible en la medida que ésta va ganando espacios políticos para hacer ver su oposición. El general Leigh lo expresa con claridad cuando dice: "Yo creo que las protestas ya no van a obedecer a nadie, sean dirigentes sindicales o políticos. Van a continuar con mucha fuerza, especialmente en las poblaciones, porque la gente está angustiada por la cesantía, la subalimentación y la pobreza". También la Iglesia inicia su llamamiento titulado "Más allá de la Protesta y la Violencia" reconociendo que "hay un estado de violencia latente". Por eso la derecha necesita llegar a un acuerdo cuanto antes con la Democracia Cristiana (DC) para generar una transición pacífica y ordenada, bajo control militar.

### ***El reto de la izquierda***

El drama de la DC es que le teme tanto como la propia derecha a un estallido social, pero necesita promover la protesta de masas para ganar en su capacidad de negociación. La carta que hasta ahora se ha jugado infructuosamente es intentar la división de las expresiones políticas de la izquierda, tratando de ganarse a un sector que está dispuesto a acompañarla al diálogo y a la negociación con los militares y con Jarpa. Pero si ese sector expresa los sentimientos y la opinión política de los cesantes y los reprimidos, entonces se convierte en un invitado de piedra que entorpece el diálogo en las alturas. Y si por el contrario, no expresa ni orgánica ni políticamente lo que se gesta en la base social, entonces se convierte en un convidado que no sirve sino para fines cosméticos, sin aportar la cuota de tranquilidad social que se persigue. Y si no existe participante alguno que se relacione con esa "tercera pata" de la mesa, entonces la DC queda presa de un acuerdo que la derecha y los militares le impondrían, al estilo de El Salvador.

El reto de la izquierda, a su vez, en la presente coyuntura, es poder convertir a esa inmensa masa de víctimas económicas y políticas de la dictadura en una fuerza de conducción y representación política propia, que no agote sus potencialidades en un estallido de violencia desordenada y estéril, sino que pueda dosificar y orientar su combatividad, hacerse reconocer como un agente político relevante e insustituible en toda salida a la actual crisis nacional, e imponer su orientación de marchar con todos los demócratas, en contra de todos los fascistas.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 68 Septiembre- Octubre 1983, ISSN: 0251-3552, <[www.nuso.org](http://www.nuso.org)>.